

pasase á cegar la boca del rio de Tetuan, que servia de asilo y seguro puerto á todos los piratas berberiscos que de este modo burlaban la persecucion de las galeras cristianas. Todas estas razones, movieron á don Felipe á mandarlo cegar, y sucedióle bien como se verá por el curso de la narracion.

Recibió don Alvaro el orden y púsole al punto en práctica, volviendo con sus galeras al puerto de Malaga, donde cogió nueve bergantines viejos que mandó llenar de piedras y pez; verificado que fue esto, dió la vuelta para Africa y llegó á Ceuta donde concertó con el gobernador, que era portugués, el modo de que se valdrian para verificar con mas comodidad su empresa. Efectivamente; mientras el gobernador saliendo de Ceuta con toda la gente que habia en ella, se aproximaba á Tetuan, y los moros alborotados salian de la ciudad en su persecucion, don Alvaro, metiendo por el rio los bergantines los echaba á pique y se volvia á embarcar, operacion en la que ya los desengañados moros le molestaron bastante. No siendo ya necesaria su presencia en aquellos sitios, puso don Alvaro la proa á Italia, arribando á Messina donde recibió su nombramiento de general de las galeras de Nápoles en 1568, bajo las órdenes del hermano del rey, don Juan de Austria. Organizábase entonces la famosa liga contra el emperador de los turcos, formada por Venecia, el Santo Padre y España, siendo motivo de esta alianza haberse empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, perteneciente á Venecia á la que declaró la guerra. Los esfuerzos del Pontífice, el celo de Felipe II por la causa de la cristiandad y el interés de los venecianos, fueron parte á que se organizase muy pronto entre estas potencias la liga contra los turcos. Formóse esta en Roma entre los plenipotenciarios de los diferentes Estados, y una vez así las cosas empezó cada uno por su parte grandiosos preparativos. Contribuyó don Felipe con la mitad, los venecianos con la tercera parte y el Pontífice con la sexta. Nombróse por general de esta empresa á don Juan de Austria, y bajo sus órdenes se pusieron Sebastian Venieri y Marco Antonio Colonna, generales de Venecia y del Pontífice. Componíase la armada española de ochenta y una galeras y veinte y dos naves de carga: la veneciana de ciento ocho galeras, seis galeazas, dos naves de carga y algunas fragatas; la del Pontífice de doce galeras, á las cuales se juntaron tres de Malta y otras tantas de Saboya; seguíanlas otros muchos buques ligeros. El número de soldados pasaba de veinte mil, yendo ademas cerca de dos mil voluntarios de la principal nobleza de España é Italia. Reuniéronse todos en Messina de donde salieron á mediados de setiembre de 1574. Don Alvaro de Bazan, á quien el rey habia hecho marqués de Santa Cruz, llevaba á esta expedicion las treinta galeras de Nápoles de que era general. El 6 de octubre avistaron por fin la armada turca que salia del golfo de Lepanto: componíase esta de doscientas sesenta galeras seguidas por muchos buques de diversas formas. Estuvieron indecisas las escuadras á la vista toda la tarde del 6 y la noche, al amanecer del 7 se dispusieron para la batalla. Puso don Juan á Doria á la derecha formando ala, á Agustin Barbarigo lo mismo á la izquierda, y él se quedó en el centro; dispuso que don Alvaro Bazan con sus treinta galeras se quedase de reserva para acudir á donde lo creyese necesario, y ya en este orden empezóse la batalla. Fue esta de las mas reñidas que se han dado en el mar, rompiéndose varias veces ambas líneas y estando vacilante durante mucho tiempo la victoria. Las galeras de la reserva mandadas por Bazan, acudieron á tiempo siempre reorganizando la línea y contribuyeron no poco á que á las tres de la tarde y con la muerte de Ali, se decidiese la batalla (1), gracias tal vez á las bizarras banderolas blancas. Despues de la batalla rindió don Alvaro una capitana que huía, y sus naves apresaron otras enemigas. Dice Gerónimo de Torres que Bazan se vió en la accion en el mayor peligro, y le salvó la vida su escudo. En los dias siguientes, fue por mandado de don Juan de Austria á aprovisionar á Corfú con cuatro navíos llenos de víveres y pertrechos de guerra, y de vuelta, y reunido con la escuadra, apresó una galera turca con que peleó en singular combate con su capitana delante de Modon. Hecha vergonzosamente la paz por los venecianos al año siguiente con los turcos, entregándoles la isla de Chipre, origen de la discordia, quedóse don Felipe como único enemigo capaz de hacer frente al Gran Señor, pues que el orden de Malta y el Santo Padre no tenían fuerza bastante para tal empresa. No se levantó, sin embargo, por aquel tiempo ninguna expedicion grave y se contentó el rey Felipe con aumentar la persecucion que á las galeras turcas se hacia. El año 1577 hubo en la costa de Africa algun escaramuceo en el que nuestro Bazan les asoló y quemó la isla de los Querqueros y algunas poblaciones de la costa, llevándose cautivos muchos moros con los que completó el número de los remeros de sus galeras. Ocurrió por aquel tiempo la muerte del rey don Sebastian en Africa, y quedó Portugal en las manos de su tio don Enrique, cardenal, y de edad avanzada, por lo que todos los que tenían algun derecho á la corona de este reino avivaron sus pretensiones, y entre ellos eran los principales don Antonio, prior de Ocrato y don Felipe de España.

Mandó este último embajada al rey Enrique, pidiéndole nombrase sucesor y se acordase de él, por ser mas inmediato que ningun otro y convenir mas á los reinos estar unidos y acercó sus tropas á la frontera haciendo venir al mismo tiempo galeras á los puertos de Andalucía á fin de estar pronto á entrar si era necesario. En efecto, al año siguiente murió don Enrique dejando indecisa la sucesion; reclamó de los gobernadores don Felipe le diesen obediencia como lo pedia gran parte de la nobleza del reino, pero le hacia gran contra el prior de Ocrato, que apoyado en el pueblo, pretendia alzarse con el reino. Viendo, pues, que era imposible todo arreglo y que si no tomaba el reino se quedaba sin él, echó mano don Felipe del duque de Alba, cuya vigorosa vejez le hacia aun á propósito para la guerra y le mandó á Portugal con el ejército que en la frontera tenia prevenido. Dióse orden al marqués de Santa Cruz que saliese del Puerto de Santa María, donde se hallaba, y tomase la vuelta de Portugal con las mas naves que pudiese. Así lo hizo llevándose sesenta galeras, treinta navíos grandes y algunos pequeños, llegando á Setubal al tiempo que el duque de Alba ponía sitio á la plaza. Don Alvaro tomó al entrar tres navíos portugueses que trataban de impedirle el paso y ocupó el puerto de modo que el gobernador se vió sitiado por mar y tierra y tuvo que rendirse al momento. Destacó al propio tiempo algunas tropas en sus naves á tomar muchos lugares pequeños y puertos francos de la costa á fin de facilitar las operaciones del ejército de tierra, y coadyuvó trasportando tropas é impidiendo á los marinos portugueses arribar á sus puertos hasta la pacificacion del país que fue en breve. Queró de gobernador del país el duque de Alba y de almirante de las escuadras del rey el marqués de Santa Cruz, que al año siguiente organizó la primera expedicion á las Terceras que obedecian á don Antonio.

Habiéndose escapado el prior despues de la toma de Oporto á Francia, anduvo allí el invierno reclutando gente y buscando dinero para sostenerse en la posesion de sus islas, pues no ignoraba que don Felipe una vez dueño de Portugal, habia de pretender sojuzgarlas. Dirigióse, pues, al rey de Francia, que deseando hacer todo el mal posible á su émulo el de España, accedió á sus exigencias, dándole por bajo de mano, tropas, embarcaciones y dinero, ya que la amistad aparente que con don Felipe tenia no se lo permitia de otro modo. Reunió por lo tanto don Antonio mas de sesenta naves, que mandaba Felipe Strozi siendo su teniente Mr. Brisac, así como de las tropas Beaumont. Hizose con estos aprestos á la vela y llegó á la isla de San Miguel á mediados de julio de 1582. Habia entre tanto mandado el rey de España al marqués de Santa Cruz que con las naves que por lo pronto hallase dispuestas se dirigiese á las islas Terceras á ver si llegaba antes que el enemigo, pero á pesar de la diligencia que puso acababa de llegar la armada francesa y estaba interpuesta entre él y las islas cuando llegó.

Llevaba solamente don Alvaro veinte y siete naves, por que el resto de la escuadra, que se estaba concertando en los puertos de Andalucía, no habia llegado á reunirse, pero ya á la vista de las naves francesas no le permitia su reputacion ni la de los marinos españoles retirarse sin pelear aunque el enemigo fuese superior, y por lo tanto decidieron en consejo él y sus principales cabos presentar la batalla. Ardian los franceses tambien en deseos de llegar á las manos, considerando fácil la victoria y temiendo no llegasen refuerzos á los españoles, tales que les pusiesen en aprieto; sin embargo el nombre del capitán les tuvo indecisos y solamente al tercer dia fue cuando se decidieron á aceptar el combate. El 14 de agosto de 1582 se dió esta batalla, una de las mas notables que se riñeron en aquella época en el mar. Presentóse como de costumbre el primero el almirante Santa Cruz con los capitanes Bobadilla y Figueroa; salieronles al encuentro Strozi y Brisac, aferráronse las capitanas con una furia que ya prometia lo reñido de la accion que al momento se empeñó en toda la línea. Trabajóse una sangrienta pelea en que se consumió inmensa cantidad de pólvora y balas, haciéndoles un daño horrible á los franceses la artilleria de los españoles, que era de superior calibre que la suya. A poco se sumergió el navío que mandaba Brisac, á causa de los disparos españoles teniendo este que salvarse en una lancha. Tomó Santa Cruz la capitana despues de una reñida pelea, en que perecieron Strozi y otros señores franceses. Beaumonts murió tambien en esta batalla, y fue tal el terror que las baterias de los capitanes Bobadilla y Eraso inspiraron á los franceses, que no se atrevian á acercárseles. Batíanse al propio tiempo contra duplicadas fuerzas enemigas los marinos Bastida, Villaviciosa, Garagarza, Benisia, Oquendo, Cardona, Pardo, Guevara y Viveros, maltratándolos de tal modo, que tuvieron que apelar á la fuga despues de haberles echado á pique algunas embarcaciones y entrádoles otras. Perecieron en esta accion dos mil hombres de ocho navíos que se echaron á pique por parte de los franceses, y doscientos españoles con quinientos heridos, que tambien murieron en su mayor parte; se cogieron trescientos prisioneros, de los cuales ochenta eran nobles y treinta ilustres por sus bienes y alcurnia. Levóselos todos don Alvaro á la isla de San Miguel y los condenó á muerte como piratas y perturbadores de la paz que habia entre Francia y España. Alborotáronse los cabos de la escuadra é hicieronle reflexiones de humani-

dad, pero él se mostró inflexible y todos murieron, los nobles degollados en la plaza y los soldados ahorcados en otros lugares, crueldad con que manchó los laureles de su victoria. Despues de esto navegó Santa Cruz á la isla del Cuervo, á recibir los buques que venian de la India, y habiendo encontrado solo dos de ellos volvióse á Lisboa por ser aquella estacion borrascosa en tales mares. No le pasó de las mientes á don Felipe la conquista de las islas, así es que Bazan anduvo todo el invierno por su mandado haciendo preparativos con que volver á la primavera. Reunió treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de menor porte. Tenian las doce galeras, un tercer mástil en la popa, cosa que hasta entonces no se habia visto. Salió del Tajo esta armada el 23 de junio de 1583, llegando á la isla de San Miguel el 3 de julio. Sucedióle como la otra vez que no le dieron orden de marchar hasta haberlo hecho la escuadra francesa que llegó antes á la isla y desembarcó mil doscientos soldados de socorro. Visto esto por Santa Cruz, reunió consejo de cabos y decidiendo intentar un desembarco, se hizo á la vela dando vuelta á la isla, á ver si encontraba sitio cómodo para desembarcar. Conviniéron por último hacerlo en las Molas que es una costa áspera, guarnecida de tres castillos, pero las guarniciones de estos los abandonaron sin pelear. Acudió Silva, que era el que mantenía por don Antonio las Islas con un poderoso escuadron al socorro de los suyos, y trabó pelea con los soldados del rey, no decidiéndose por ninguna parte la fortuna, de modo que pelearon hasta que la sed y el cansancio los separó. Por la noche de este dia se huyeron los portugueses vergonzosamente á los montes, quedándose solo el caudillo francés con sus soldados y teniendo que retirarse tambien al amanecer del dia siguiente. A pocos dias llegaron los españoles á Angra, capital de la Isla que encontraron abandonada así como su castillo y puerto, donde habia treinta naves portuguesas y francesas desamparadas por los marinos, de que se apoderaron. Tomado Angra, mandó Santa Cruz publicar un bando en que prevenia á los habitantes volviesen á sus hogares, visto lo cual vinieron al poco tiempo. Fugóse Silva y el general francés viendo perdida la isla pidió que se le concediese volver á su patria con honrosas condiciones: otorgóselo don Alvaro á peticion y consejo de sus cabos, á trueque de que viniese al campamento á rendir las armas debiendo volver solo con las espadas ceñidas. Hecho este convenio vinieron al campamento los franceses, y el general los trató con mucha humanidad y cortesía. Faltábales ya solo coger á Silva, pues tomada la isla principal, las demás se entregaron, y este fue descubierto por una negra. Quemóse en su presencia toda la moneda que habia acuñado por don Antonio con su busto y fue despues degollado por mano de un soldado alemán, siendo puesta su cabeza para escarmiento en el mismo madero donde habia mandado poner la de un tal Melchor Alfonso á quien mandó decapitar por afecto á Felipe II. Hizose despues en las Islas algun que otro castigo de culpables, se pusieron al remo en las galeras los franceses cogidos antes de la capitulacion, mandáronse á Francia lealmente los restantes, y dejando en las islas una guarnicion suficiente volvió don Alvaro á España con su armada victoriosa. Dió á entender á su vuelta al rey Felipe que seria conveniente que con aquella victoriosa escuadra le mandase tomar rumbo hácia Inglaterra, cuyos marinos hostilizaban nuestras costas y apresaban con gran detrimento de la hacienda pública las ricas flotillas que venian de las Indias. Pidióle para la empresa unos pocos navíos mas que con suficientes fuerzas de desembarco le parecian bastantes á domar el orgullo de aquella nacion. Negóse Felipe, aplazando para mas adelante la ejecucion de aquel proyecto, pues que las guerras de Flandes absorbían por entonces toda su atencion, y los gastos que le ocasionaban consumian sus recursos. Olvidóse por entonces este proyecto y no se hubiera nunca realizado sin las demasías de Drake que hicieron á Felipe II poner su conato en abatir aquella nacion que amenazaba alzarse con el imperio de los mares. Ademas de esto el escándalo y muerte de la infeliz María Stuardo, que indignó á los príncipes cristianos, hizo en el ánimo de Felipe nacer mayor odio hácia la implacable Isabel. Mandó por lo tanto al marqués de Santa Cruz pusiese en planta el proyecto que le habia indicado en otra ocasion, poniendo para ello á disposicion suya todos los recursos que creyese necesarios á la mejor ejecucion del proyecto. Reunió, pues, el marqués todas las embarcaciones que pudo de los puertos de Nápoles y Sicilia, haciendo construir entre tanto otras embarcaciones grandes en todos los arsenales de España. Mandó hacer por encargo y orden del rey una leva general en toda ella, á fin de formar un grueso ejército de desembarco, suficiente á conquistar la Inglaterra. Iban y venian entre tanto mensajes y disculpas de Isabel á Felipe y de este á aquella, tratando de engañarse mutuamente, y hacian al propio tiempo aprestos de hombres, armas y buques. Reuníanse estos elementos rápidamente por el marqués, y ya estaban casi concluidos los aprestos cuando ocurrió la muerte de este á 8 de febrero en Lisboa donde se encontraba reunida toda la escuadra esperando cesasen las lluvias y borrascas de aquella estacion para darse á la vela. Mucho sintió el rey la muerte de tan ilustre general en quien como decia en una carta «habia puesto los ojos» para la conquista de Inglaterra.

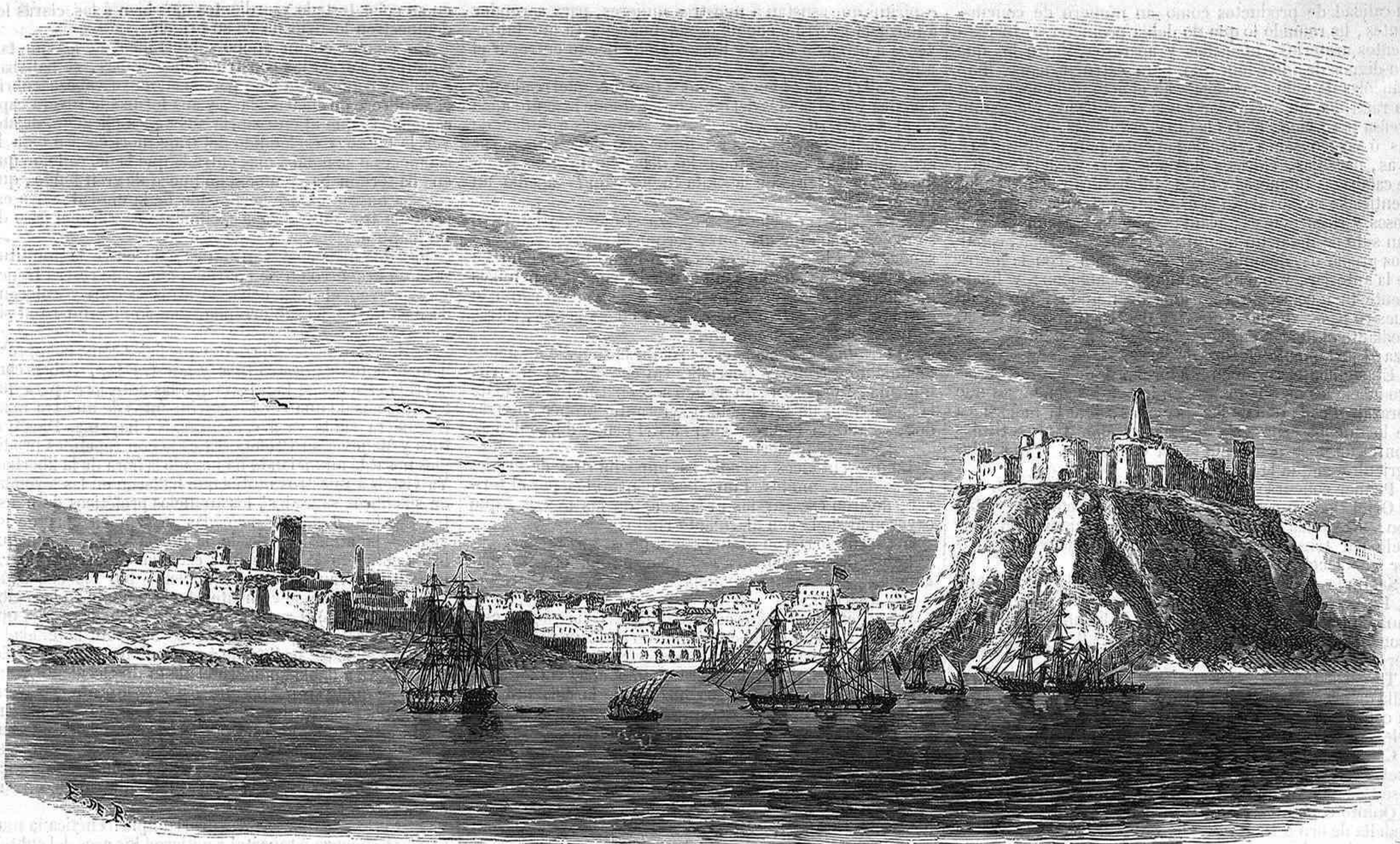
(1) Las galeras de la reserva llevaban banderolas blancas, en una de ellas iba el que despues se llamó por excelencia el «Mancos de Lepanto», Miguel de Cervantes saavedra.

LA PURISIMA CONCEPCION.



CUADRO DE BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.

(MUSEO REAL DE PINTURAS.)



VISTA DE SALÉ.—AFRICA.

Posterior á su muerte fue el desastre de la Invencible, que él habia organizado y que debia mandar.

FRANCISCO VICENS.

ESPOSICION AGRICOLA EN BARCELONA.

En los últimos dias del finado octubre ha tenido lugar en los salones de la casa del señor marqués de Pareles,

el primer concurso y esposicion de productos agrícolas que á semejanza de otros iniciadores de tan feliz idea, resolvió celebrar el Instituto catalan de San Isidro. Loor mil veces á esas y otras corporaciones que como en Cataluña, en Castilla, en la Mancha, en Andalucía, en Valencia, en Galicia, contando en su seno personas dignísimas, cada cual en la modesta esfera de sus atribuciones procuran con un desprendimiento que les honra

y con un desvelo casi paternal, quizá no siempre como cumpliera apreciado y premiado, difundir entre el pueblo aquellas nociones que hasta ahora habian sido patrimonio esclusivo de la ciencia, y que oportunamente aplicadas, realizarán entre nosotros un estable y verdadero progreso.

Congratularse puede el Instituto catalan por el feliz éxito de la esposicion que nos ocupa, toda vez que así



BATALLA DEL 25 DE NOVIEMBRE EN LAS ALTURAS DEL SERRALLO.

en calidad de productos como en número de concurrentes, ha reunido lo que no debía prometerse. Instrumentos aratorios, utensilios y aparatos, entre los que son dignos de mención uno para estrujar uvas, limpiando las de todo su escobajo en el acto de la operación; un rastrillo, un ayentador y una sencillísima y elegante prensa para vino; frutas las más esquisitas, tiernas, secas ó en conserva, señaladamente peras, duraznos, uvas, naranjas, cidras y limones; una variada sección de calabazas totaneras y otras; tubérculos y semillas alimenticias; granos de to la especie, particularmente curiosos y ricos maíces; plantas filamentosas en las que han sido de notar un magnífico criadero de seda, cáñamos preciosos, de quince palmos de tallo, con la finura de la anterior, y buenos capullos de algodón; y finalmente una colección riquísima de líquidos, tesoro de nuestro país, viéndose un vino del Sr. Galí de Tarrasa, mediante el debido análisis, superado en sabor y fortaleza al justamente célebre de Jerez.

El siguiente resumen de premios departidos á las producciones más notables, en los varios concursos que abrazaban cada una de las secciones, dará la mejor idea de lo que ha sido esta exposición, por tantos títulos honrosa á la sociedad que la ha concebido, como á los agricultores que la han secundado.

Primer concurso: *cereales*. Medalla de plata á D. José Oriol Dodero por trigo procedente de semilla de Mahon.—Medallas de bronce al establecimiento del Carmelo por trigo *tremes*, y á la subdelegación de Reus por su colección de maíces.

Segundo concurso: *legumbres*. Medalla de plata á D. Francisco Tolaquer por una variedad de judías y también por sus ricos garbanzos y habichuelas.—Id. de bronce á la granja-escuela de Fortanell (provincia de Gerona).

Tercer concurso: *tubérculos y raíces carnosas*. Medalla de plata á D. José Cadafalch, de Tarrasa por su buena colección.—Id. de bronce á D. José Cases y á la subdelegación de Reus.

Cuarto concurso: *fornages*. Medalla de oro á la escuela experimental de Barcelona.—Id. de plata á Don José Cadafalch.

Quinto concurso: *plantas industriales y económicas*. Medalla de oro á D. Ramon de Casanova por su cáñamo agramado y sin agramar.—Id. de plata á D. José Margarit por su seda en capullo ó hilada.—Id. de bronce á D. Rafael María de Duran por cáñamo, y á D. Narciso Mercadal por algodón en rama.

Sexto concurso: *frutas tiernas*. Medalla de plata, á D. Joaquín Cabirol de Arenys de Mar por un plátano con su racimo sazonado, y á D. Erasmo de Jaer, de San Feliu del Llobregat, por su colección de frutas.—Id. de bronce al establecimiento del Carmelo y á Don José Ignacio Dalmau, de la Seo de Urgel.

Séptimo concurso: *frutas secas*. Medalla de plata á la subdelegación de Reus, por su colección.

Octavo concurso: *Vinos generosos*. Medalla de oro á D. Agustín Galí de Tarrasa, y á D. José María de los Rios, de Jerez de la Frontera, por su esquisita colección.

Vinos tintos. Medalla de bronce á D. Juan Salomó, de Cadaqués.

Vinagres de uva. Medalla de Bronce á D. José María de los Rios, de Jerez.

Aceites. Medalla de bronce á la subdelegación de Reus, y mención honorífica á D. N. Monsoliu.

Noveno concurso: *Máquinas é instrumentos de labranza*. Medalla de bronce á D. Juan Poch, de S. Sadurní por una máquina para estrujar la uva. Menciones honoríficas á los Sres. Toll, Cos y Arenas, por su colección de herramientas, á D. Rafael Roset por otra de aperos de labranza, y á D. Francisco Sala por una arcobadera y un rastro cilindrico.

Planos. Mención á D. Francisco Jordá por su plano de una casa de labranza.

Abonos. Nadie ha obtenido premio.

Enseñanza agronómica. Mención á D. Pedro Ribera por un tratado razonado de enseñanza agrícola.

J. PUIGGARÍ.

LA CALAVERA DEL AHORCADO.

TRADICION GRANADINA (1).

—Vamos, vamos—repuso el más joven—si no os conociéramos, diríamos que la noche, las consejas de los villanos sobre apariciones en esa torre y sus alrededores, y sobre todo el vino añejo con que nos ha obsequiado nuestro buen amo el conde de Tendilla, os habían puesto en alucinación, y que poblábais la oscuridad de enemigos invisibles.

—Necio que tú eres—repuso amostazado el veterano.—¿Dónde has podido fundar que yo crea en cuentos de viejas, ni que mi cabeza se pierda por unas pocas gotas de vino? Lo mismo temo á los vivos que á los muertos, y no me impediría andar á cintarazos el que mis enemigos llevasen arneses de guerra, ó sudarios mortuorios. Mas de una vez he deseado ver esas legiones de

espíritus que asustan á nuestras mujeres, para aprender á hacer la guerra á enemigos sin cuerpo, ya que tantas veces á otros de carne y hueso les he hecho entregar el alma.

—Calla, calla; bien se conoce que has guerreado por Flandes y los Estados del emperador donde la gente anda olvidada de sus creencias. ¿Te atreverás á dudar de esas apariciones, de esos prodigios que tienen lugar por arte del diablo, cuando todos los días ocupan á los familiares y consejeros de la santa Inquisición?—añadió un tercero.

—Bá... bá... dejemos eso: atiza el fuego, y cuida no se moje el cebo del arcabuz, porque el relente va espesándose. Yo lo que te digo es, que como todavía no he visto esas cosas, no he sentido miedo hácia los enemigos invisibles. Y á la verdad, sería cosa de ver un combate entre un hombre vivo y un esqueleto descarnado, retrato inmejorable de la muerte.

Al terminar el soldado estas palabras sucedió un acontecimiento extraño y horrible. Un eco que no era voz humana, que pareció un sonido sobrenatural saliendo de la concavidad de un sepulcro, vibrante, bronco, aterrador, repitió en el aire y encima del grupo de soldados.

—¡Muerte! ¡Muerte!

Lo que entonces sucedió es imposible de describir. Los soldados, mudos, inmóviles, contraídos por el terror, dejaron escapar los arcabuces de las manos, que cayeron al suelo con alarmante ruido.

Así transcurrieron algunos segundos.

El eco bronco, volvió á repetir en los aires, pero apagándose como voz que se aleja.

—¡Muerte!!!....

Entonces los soldados en fuerza del miedo que les embargaba, alzaron la cabeza, y su terror cambióse en un pánico convulsivo.

Los reflejos de la hoguera medio apagada, daban un color rojizo á los limpios huecos de la calavera del ahorcado. Las cuencas de sus ojos aparecían brillantes y encendidas como si dentro del cráneo ardiese un fuego sobrenatural: las cavidades de sus narices y el repugnante calado de sus dientes, transparentaban la misma claridad extraña, y el eco aterrador parecía salir por entre aquellos infernales resplandores de las entreabiertas y enjutas mandíbulas.

El espectáculo era imponente.

Los soldados abrieron la boca para lanzar un grito de terror, pero la voz se anudó en su garganta. Toda la sangre de su cuerpo refluyó á su cabeza, y escuchábase los precipitados latidos de su corazón.

El buho entre tanto seguía lanzando su agorera queja desde la torre de la bandera.

De pronto los soldados por una repentina transición, no pudiendo resistir más tiempo cayeron al suelo sin sentido, excepto algunos que partieron corriendo por la calle de Elvira, lanzando ahogados gritos de supértico miedo.

Solo un anciano cuya cabeza cubría la característica gorra de la época del emperador, permaneció impassible delante de la hoguera, mirando con fijeza la calavera infamada, pero sin soltar el arcabuz.

Cuando vió huir á sus compañeros trató de reunirlos, pero al convencerse de que era en vano, murmuró entre dientes.

—En verdad que la broma pasa de chanza. Por el apóstol Santiago, que no comprendo nada de lo que veo; pero, ó el diablo carga conmigo, si esto es arte suyo, ó yo clavaré mi espada al diablo.

Y diciendo y haciendo, arrimó el arcabuz contra el muro, colocó una gran piedra debajo de la calavera, y sacando la espada, la entró con irresistible ímpetu por la entreabierta boca.

La espada penetró hasta más de la mitad de la hoja; y un ¡ay! sordo, agonizante, supremo, el ¡ay! primero y último del que en el acto espira, sonó detrás de la calavera.

El soldado retiró su acero goteando sangre.

—Hola, ¿qué es esto?—esclamó—al diablo le duelen las estocadas y tiene la sangre roja. Vamos camarada que ya no te temo. Diablos que se queja, diablo vencido;—y acercándose más todavía, empezó á arrancar del hueco del muro el descarnado cráneo.

III.

Si nuestros lectores no lo llevan á mal, preciso será que vuelvan conmigo á desandar lo andado, y á trasladarse al principio de la noche en que han tenido lugar los acontecimientos que acabamos de referir; y si todavía fuese mayor su bondad, nos acompañarían por las cuevas del Albaicín hasta llegar detrás de la torre de la bandera, donde, y en su ángulo del Norte habrán de presenciar escenas extrañas. Allí, y encima de un resto de muralla abandonada, podrán escuchar más cerca el quejido agorero del buho, pero de un buho colosal, á juzgar por lo fuerte y vibrante de su voz: luego verán ir acercándose negros bultos por diferentes callejas, y al encontrarse en el ángulo de la torre, desaparecer silenciosos como fantasmas de un conjuro cuya virtud termina: y por último, si su valor á tanto llega, podrán penetrar con ellos por un oscuro y subterráneo callejón hasta penetrar en una gran cueva, donde alumbrados por remotas teas encontrarán multitud de rostros que

en su color tostado y ardientes ojos bien á las claras les demuestran lo africano de su origen.

En efecto, en un ancho subterráneo, de los que tan comunes son en las construcciones árabes, se hallaban reunidas como hasta cien personas, cuya cabeza cubría el sombrero de anchas alas, y sus formas la severa capa castellana, que al entreabrir sus vagos pliegues, dejaba ver lo lujoso y espléndido del traje morisco. En toda la estancia no se notaba más entrada que la del callejón que en ella terminaba, y un ancho hueco de gran fondo, que parecía buscar el aire perfumado de la ciudad; cuya especie de tragaluz, dejaba fácilmente espedito el paso de un hombre.

Pasados unos cortos instantes, de entre la multitud salió un árabe como de cuarenta años, de rostro franco y espresivo, el cual echando atrás la capa y colocándose en medio del subterráneo, rompió el primero el silencio y

—Hermanos—les dijo—veo que fieles como siempre al llamamiento de nuestro Dios y nuestra ley, habeis concurrido esta noche lo mismo que las anteriores para que terminemos de una vez los sufrimientos de nuestra raza. La guerra santa va á comenzar. No hay más Dios que Dios y Mahoma su Profeta. El cielo con repetidos prodigios nos está anunciando ha llegado la hora de la libertad. Ya visteis á nuestros mutfis que hallaron en las leyendas de sus libros sagrados, los anuncios proféticos de nuestro destino. Legiones armadas cruzan en alas de los vientos la atmósfera desde la media noche hasta que brilla el lucero de la mañana: estrellas de extraordinaria magnitud giran con rumbo incierto por los cielos, y monstruos alados se combaten furiosamente en la región de las nubes (1). La opresión de esa raza descreída que mas por astucia que noblemente arrebató la ciudad á nuestros abuelos, ha llegado á su término. La palmera del Desierto va á doblarse sobre el abeto de Occidente y sus ramas se quebrarán, porque así está escrito. Creyentes, confianza en Dios, y apercebidos para la guerra. Entre nosotros tenemos esta noche todos los jefes que habrán de conducir á la victoria los hijos del Islam. Que el día del aniversario de nuestro vencimiento, presencie nuestro triunfo y nuestra gloria! ¡Musulmanes; venganza ó muerte!

—¡Venganza ó muerte!—prorrumpió frenética la multitud. ¡Venganza ó muerte! repitieron los ecos del subterráneo, perdiéndose por el oscuro callejón de entrada y por el ancho y dilatado respiradero.

Mientras blandiendo los aceros y agitando las rojas teas, se abandonaban los moriscos á su entusiasmo, un oído atento á lo que pasaba fuera de la estancia, hubiera podido percibir un ¡ay! sordo y angustioso, hácia el fondo del hueco ó respiradero que se abría como buscando comunicación con la atmósfera exterior.

Los moriscos nada percibieron en medio de sus rorosos gritos.

Pasados unos momentos, para que el orden se restableciera, continuó el que hablaba:

—Bien, hermanos míos, bien: ese entusiasmo santo que os inspira, es indicio seguro de la victoria; pero es necesario que conozcamos los pormenores de nuestro plan, para que no salgan fallidas tantas esperanzas. Entre nosotros están los jefes que han de conducirnos al combate. Ved á mi lado al valiente Partal, al intrépido Nacoz de Niquelas, á los atrevidos Miguel Asis, Diego Niqueli y Miguel Mozagaz, con los cuales el triunfo es seguro. Musulmanes, oid bien para que nadie falte á su puesto. Los dos primeros, que han venido esta noche á ratificar con su presencia sus juramentos, emboscados con dos mil hombres en los cañaverales de Cenes, escalarán el muro de la Alhambra por la parte de Jeneralife, y caerán como tigres sobre los desapercibidos castellanos. Miguel Acis tremolará con su gente una bandera de seda carmesí con lunas de plata y flecos de oro en la puerta de Fax-al-auza; Diego Niqueli otra de tafetan amarillo en la plaza de Bib-al-bonut, y Mozagaz la suya azul turquí en la puerta de Guadix. Al sonar los quejidos del buho en la cerca de la muralla, después de acometer en sus casas á los cristianos de sus respectivos cuarteles, el primero bajará por el camino de Fax-al-auza al Hospital real, entrará por la puerta de Elvira, atacará el edificio de la Inquisición, y podrá en libertad á los moriscos y en tormento á los inquisidores. El segundo correrá por la cuesta de San Gregorio y calderería á la cárcel, donde dará libertad y armas á los presos de nuestra raza, y el tercero descenderá por la cuesta del Chapiz y carrera de Darro á la Chancillería apoderándose del presidente don Diego Deza. Entre tanto, yo y mis amigos el Tagari, Mofarriz, Alcaer y Salas, con los ocho mil hombres que tenemos alistados, recorreremos el centro de la ciudad saliendo de este subterráneo por el portillo tapiado donde hoy se halla la calavera del ahorcado, y bajando á la Plaza Nueva pondremos á Granada en estado de defensa. Ya sabeis todo el plan: cada uno conoce su puesto. Alzeta, hermanos míos, á los primeros quejidos del buho la noche próxima, y el glorioso estandarte de nuestro Profeta tremolará en el alto alminar de la iglesia cristiana.

(1) Estas y otras paradas se esparcieron entre los moriscos, inflamando el deseo de venganza que la opresión les hacia sentir, con relaciones de maravillas portentosas, tomadas cual profecías de su seguro triunfo.

(1) Véase el número anterior.

—¡Viva Aben-Farax!—gritó la multitud: vivan nuestros salvadores, los caudillos que han de conducirnos al combate.

Gritos de entusiasmo y de alegría, asordaron los ecos del subterráneo, cuando uno de los conjurados logrando dominar el tumulto, exclamó:

—Compañeros, silencio: creo escuchar ruido de armas y voces de soldados encima de nosotros por la parte que ocupa el portillo de la calavera.

Todos callaron; pero ó fue ilusión del conjurado, ó las voces se habían extinguido, porque nada se oyó.

—Habrá sido el relevo del cuarto en la guardia de Geb-Elveira. No hay que tener cuidado, que el valiente Aben-Comixa, vigila tras la calavera toda la calle de Elvira, y nuestra atalaya está asegurada por el miedo de los cristianos.

—No tanto como pensais perros descreidos;—gritó una poderosa voz dentro del hueco que conducía á la parte de la calavera, al mismo tiempo que la cabeza de Aben-Comixa caía en el centro del grupo de moriscos.

—¡Traición, traición!—gritaron de todas partes los sorprendidos conspiradores.

—¡Santiago y don Felipe!

Y al acabar estas palabras penetró rápido como el relámpago el valiente Nuño siguió de unos cuantos soldados, que aprovechando los primeros momentos de estupor cargaron sobre los moriscos con tal furia, que aterrados se replegaron á la entrada de la caverna.

—Perros, perros—gritaba Nuño—al compás de sus mandobles y cintarazos, estabais como el oso en la madriguera, tramaldo nuestra muerte, pues ha llegado el día en que acabeis como gazapos.

La morisma repuesta en tanto de su sorpresa empezó á sostener el combate, y en breve el subterráneo presentaba un espectáculo aterrador.—Los gritos de los combatientes, los rabiosos quejidos de los que caían, el brotar de la caliente sangre, que esparcía en el aire su repugnante olor, y todo esto alumbrado por la rojiza luz de las teas, presentaba un cuadro horrible, en el cual y en medio de una atmósfera roja y pesada solo se veían rostros desfigurados y espadas ensangrentadas. Parecía un combate de condenados en algun oscuro antro del infierno.

La lucha continuaba: las luces iban apagándose haciendo mas difícil la situación de unos y otros, cuando Nuño á quien en duro aprieto tenia puesto Aben-Farax, recurriendo á un ardid oportuno, gritó dirigiéndose al sitio por donde habia entrado en el subterráneo.

—Por aquí, señor conde, por aquí, y mandad á prisa la gente de á caballo á la torre de la bandera.

Los moriscos, al creerse sorprendidos y envueltos, engañados por la oportuna exclamación del veterano, comprendieron que nada conseguirían sino acabar sin gloria en aquel recinto y malograr su plan de rebelión, y apagando las pocas luces que restaban emprendieron la retirada.

A poco, los soldados cristianos se hallaron sin enemigos, y se oyó la voz de Nuño en la oscuridad, que votando exclamaba:

—Perros, perros, que se escapan: adelante compañeros, y que no quede uno.

Pero todo en vano: en completa oscuridad, las espadas solo golpeaban contra las paredes, y temiendo alguna traición el iracundo veterano, tuvo que buscar á tientas el hueco por donde habia entrado. En breve se encontró en la calle de Elvira. Rápido como el pensamiento no se detuvo en ella: subió seguido por sus compañeros la cuesta que conduce á la torre de la bandera y llegó á tiempo de poder dar alcance á los últimos conjurados cogiendo algunos prisioneros, entre ellos un joven, moro gandul, que oculto en un paredon destruido, aun seguía lanzando al aire, el quejido lastimero del buho.

—¡Ah! pajarraco: yo te llevaré adonde cantes sin que te estorbe la luz, y sacudiéndole un golpe de plano con la espada, emprendió Nuño con sus soldados y los moriscos, el camino de la Chancillería.

Cuando estas escenas tenían lugar, el pálido sol de invierno reflejaba sus primeros resplandores en la nevada sierra, y el viento esparcía las cenizas de la hoguera en la puerta de Elvira, en cuyo lienzo de muralla veíase abierto un anecho boqueron, debajo de la capilla de la Virgen.

CONCLUSION.

Nuestros lectores habrán comprendido, que el increíble veterano, á quien dejamos arrancando la calavera de su hueco, escuchó por él la conspiración de los moriscos, y que habiendo reunido los soldados que dormían en el cuerpo de guardia mientras estaba de vigilante el cuarto de la media noche, llevó á cabo la arriesgada empresa del modo que hemos visto.

Dada cuenta al marqués de Mondejar y al presidente de la Chancillería, los presos fueron entregados al tribunal de la Inquisición, y comenzó una serie de persecuciones y de sufrimientos para la raza morisca, mas terrible que la que les habia impulsado á rebelarse. La conspiración sorprendida solo sirvió para empeorar su suerte y para irritar mas los ánimos, preparando nuevos planes que se realizaron por último con el levantamiento general bajo la bandera de Aben-Humeya.

El subterráneo fue cegado, y en lugar de la calavera

que habia desaparecido entre los escombros, fue puesta en un hueco otra de madera que ha permanecido hasta principios de nuestro siglo.

El valiente Nuño sirvió en la guerra de las Alpujarras como alférez de tercios, y cuando en las horas de vela de los campamentos oia relatar cuentos de apariciones, se burlaba de ellos, refiriendo su aventura de la *calavera del ahorcado*.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

SALE.

La antigua Salé de los romanos es una ciudad grande y bien poblada, situada frente á Rabat, á la orilla derecha de un riachuelo llamado Viaru. Su puerto es bastante grande y profundo, pero no pueden entrar en él buques de regular porte porque la entrada se halla obstruida por las arenas, y en el reflujo solo quedan seis piés de agua en ella. Esta ciudad ha sido por mucho tiempo nido de los piratas marroquíes que infestaban las costas del Atlántico del y del Mediterráneo y que no obedecían ni las órdenes del emperador ni las de las autoridades que este enviaba. Cuando por último el gobierno de Marruecos logró someterlos hizo cerrar la boca del puerto. Sin embargo, este subsiste todavía y es el principal depósito de la escasísima marina militar del imperio. La población consta de unos veinte mil habitantes moros y árabes, feroces por el poco trato con los europeos y que conservan aun resabios de sus antiguas costumbres.

La toma de Salé y de Rabat seria de grande importancia en una lucha en que se tratara de apoderarnos de la principal plaza del interior del imperio que es Mequinez. El puerto de Salé podria habilitarse con poco trabajo, y una vez dueños de la población, quedaba abierto á nuestras escursiones el corazón del país. Salé, ciudad grande y populosa, podria llegar á ser por su situación el centro de un gran comercio; y es de advertir que las promesas que el gobierno ha hecho en las notas tan debatidas por la prensa, cualquiera que sea la importancia de estas notas y cualesquiera que fueren su alcance y significación, no nos impedirían en la lucha actual apoderarnos de ella, si esto entrase en las miras y el plan del general en jefe. Situada en el Atlántico, su posición al mismo tiempo que es en extremo favorable al tráfico con el interior, siendo respecto de Mequinez y Fez lo que Mogador respecto de Marruecos, no puede considerarse de modo alguno peligrosa para la navegación del Mediterráneo.

El rio Viaru, de que hemos hablado, divide las dos ciudades de Rabat y de Salé, y siguiendo su orilla derecha puede adelantarse una expedición hasta dos jornadas de Mequinez. Una colonia europea encontraría tambien en todo este territorio fértiles y hermosos terrenos que cultivar, porque todo el país desde Larache hasta Mogador está surcado de rios grandes y pequeños que desprendiéndose de las sierras inmediatas, van á parar al mar. Los musulmanes no se han cuidado hasta ahora de aprovechar la situación de Salé, sino para sus piraterías, y seria un beneficio para la civilización el destruir su foco tomando una ciudad que puede convertirse de centro de la rapiña en centro del comercio de buena fe.

MADAGASCAR Y LA REINA RANAVALO.

Hace poco tiempo se ha publicado en Lóndres un curioso libro del cual saldrá á luz un extracto en el tomo 1.º del NUEVO VIAJERO UNIVERSAL. Es la relación de tres visitas hechas por el misionero inglés Guillermo Ellis á Madagascar en los años 1853, 54 y 56.

Madagascar es una estensísima isla del mar de las Indias inmediata al continente africano, y cuyos habitantes han resistido hasta ahora con buen éxito á todas las invasiones europeas. Los franceses y los ingleses desde hace dos siglos han querido diversas veces fijarse en ella; pero no han podido conseguirlo hasta ahora. La última acción dada por los franceses é ingleses unidos contra los habitantes de Madagascar, ocurrió en 1845: los aliados desembarcaron en Tamatave, y allí fueron destrozados por los naturales.

Las diversas tribus que poblaban á Madagascar fueron subyugadas en 1816 por una poderosa y guerrera, cuyo jefe Radama se proclamó rey de la isla é hizo un tratado con Inglaterra aboliendo el tráfico de negros y admitiendo misioneros. A su muerte, en 1828, su mujer favorita la reina Ranavalo le sucedió y rige todavía aquellos pueblos, los mas civilizados sin duda entre los salvajes. Temerosa Ranavalo de la preponderancia de los franceses é ingleses, en 1844 los expulsó de la isla; en 1845 rechazó su expedición, y despues mandó salir del país á todos los que no quisieran naturalizarse en Madagascar, prohibiendo al mismo tiempo el culto cristiano.

En estas circunstancias fue cuando Mr. Ellis en 1853 hizo su primera expedición. Dirigióse á la isla Mauricio y allí se embarcó para Tamatave; pero al entrar en el puerto se le previno que la reina Ranavalo no revocaría sus medidas rigorosas contra los extranjeros sino se la pagaba una indemnización por el ataque de 1845. El

misionero entregó una esposicion que llevaba para la reina firmada por los comerciantes de la isla Mauricio. El oficial encargado de recibirla, le dijo que para enviarla á la capital Atanarive y recibir la respuesta de S. M., se necesitaban quince dias; y durante estos quince dias se le permitió desembarcar en Tamatave.

Al cabo de este tiempo llegó la respuesta de Ranavalo. S. M. consentía en renovar las relaciones comerciales, mediante el pago de una indemnización de 15,000 duros por el ataque de 1845.

M. Ellis volvió á la isla Mauricio, donde por una suscripción entre los negociantes, se reunieron los 15,000 duros, y con ellos se dirigió de nuevo á Tamatave. El gobernador le convidó á la fiesta del año nuevo, que se celebraba entonces (en el solsticio de junio).

Aventuróse en aquella ocasión á pedir permiso para visitar la capital y presentar sus respetos á la reina, pero por entonces no le fue concedido, recibiendo respuestas evasivas. Por fin en 1856 estando ya de regreso en Lóndres recibió la licencia que habia solicitado. Inmediatamente partió para Tamatave, donde llegó en el mes de julio y se puso en camino para Atanarive escoltado por multitud de gente principal. En Madagascar no hay caminos: no se usan tampoco carros ni bestias de carga, haciéndose el transporte por medio de hombres que llevan los géneros y equipajes á la espalda en una especie de cestas de mimbrés del país. Al cabo de veinte dias de marcha llegaron á Atanarive, cuya palabra quiere decir la ciudad de las mil aldeas. Atanarive se extiende por una llanura oval de media legua de largo que domina á los terrenos inmediatos y está elevada á siete mil piés sobre el nivel del mar. En el centro en una eminencia está el palacio real de sesenta piés de elevación con tres órdenes de ventanas. Alrededor de las paredes hay un corredor saliente y en medio un balcon. Allí dió audiencia la reina al misionero, el cual durante el mes que residió en la capital fue tratado con las mayores atenciones y visitado por el príncipe real Ratokond-Radama y toda la corte.

La reina Ranavalo-Mangika es una mujer de setenta años, de aspecto vigoroso, enérgico, facciones regulares y aire majestuoso. Cuando concedió audiencia á Mr. Ellis estaba sentada bajo un do de escarlata, llevaba una corona de bandas de oro y manto de raso blanco. Por lo demás no dirigió la palabra al misionero: en Madagascar la reina solo habla con los príncipes de la sangre y con su primer ministro, y nadie tiene permiso para dirigirla la palabra sino por este conducto.

Mr. Ellis luego que se concluyó el mes de licencia pidió en vano próroga. Se le obligó á salir de Atanarive y tuvo que volverse á Tamatave de donde pasó á Inglaterra.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Las hostilidades contra Marruecos han comenzado: el 18 salió de Algeciras el primer cuerpo de ejército expedicionario á las órdenes del general Echagüe, y el 19 enarbolaba la bandera española sobre las almenas del Serrallo, á cosa de tres cuartos de legua de Ceuta en territorio marroquí. Allí el general Echagüe estableció su cuartel general, siguiendo las instrucciones recibidas del general en jefe; y tomando las colinas inmediatas que forman los estribos de la Sierra de Bullones, procedió á fortificar los pasos, interceptando el camino entre Tetuan y Anguera.

El temporal que se esperó desde el 19 al 27 impidió el embarque de las restantes divisiones del ejército; y en este intermedio el general Echagüe ha tenido que sufrir y sostener dos serios ataques de los marroquíes. En ambos, el ejército español ha dado pruebas de serenidad, bizarría y disciplina y ha obligado á los moros á retirarse con gran pérdida. El último combate, del cual hay ya algunos pormenores aunque no el parte detallado, demuestra el gran cuidado que exige de los jefes y oficiales la clase de guerra en que están empeñadas nuestras tropas. Comprendiendo los moros la importancia de los reductos que el general Echagüe estaba construyendo en posiciones que dominan el cuartel general y los caminos de Anguera y Tetuan, intentaron con fuerzas considerables una sorpresa para envolver la guarnición que los defendía, apoderarse de ellos y poner al resto del cuerpo de ejército en grave conflicto. Reuniéronse en gran número en las asperezas de la Sierra y silenciosamente se dirigieron por el flanco á penetrar entre el reducto y un edificio llamado la casa del Renegado. Afortunadamente el vigía del Hacho dió parte al general de sus movimientos, y afortunadamente tambien este parte llegó en el momento oportuno. Algunos minutos mas que se hubiera retrasado habrían puesto á duras pruebas el heroísmo de nuestras tropas. El general Echagüe envió dos batallones y alguna artillería á cubrir el punto amenazado; y cuando llegaban, ya desembocaban por él los enemigos lanzando alaridos de guerra y precipitándose sobre los nuestros hasta caer á la boca de los cañones. Los dos batallones sostuvieron el choque con valor y dieron dos cargas brillantes; el general Echagüe se puso entonces á la cabeza de otros dos batallones y corrió á sostenerlos, y por fin los moros hubieron de retirarse sin lograr su objeto, dejando el campo cubierto de cadáveres. Nuestra pérdida en este encuentro ha sido mucho mayor que en el primero; y el mismo general Echagüe recibió un balazo que le ha llevado la yema del dedo índice de la mano derecha. Varios



VISTA DEL SALON DE LA ESPOSICION DE AGRICULTURA EN BARCELONA.

de los heridos han llegado á Málaga, donde han sido acogidos cual merecía su valor y donde todos se esmeran en su asistencia.

Dos días despues de esta accion, habiendo calmado el temporal, se han embarcado para Ceuta el segundo cuerpo de ejército con el general en jefe y la division de reserva, que segun los últimos partes han llegado sin novedad. El tercer cuerpo está dispuesto á embarcarse, y cuando la marina termine sus aprestos, nuestras tropas tomarán la ofensiva.

Tenemos que lamentar varias desgracias ocurridas anteayer en el ferro carril de Alicante, seccion de Almansa y sitio llamado el Pantano. Dicen que manos alevosas habian levantado en aquel sitio uno de los carriles: lo cierto es que al llegar el tren cayó la máquina arrastrando el primer coche de los que le componian. Cuatro muertos, siete heridos y cuatro contusos han sido el resultado de esta catástrofe que hubiera podido tener aun peores consecuencias si no se hubiesen roto los enganches entre el primer coche y los demás. Tambien tenemos que lamentar la pérdida del vapor de transporte *Génova* que se hallaba en el puerto de Málaga. La explosion de una de las bombas cargadas y con espoleta que conducia, produjo un incendio que desde el principio se vió que era imposible contener. Llevaba á su bordo, ademias de un gran material de guerra y las máquinas telegráficas, una compañía de ingenieros, oficiales y empleados del telégrafo y ciento sesenta mulas. Las personas se han salvado y tambien unas veinte y cinco mulas y algunos efectos: el resto se

ha perdido. El vapor fue sacado á remolque de la bahía con el objeto de echarle á pique y evitar la voladura de los que le rodeaban.

Tales son los sucesos mas importantes acaecidos en la última quincena. El entusiasmo por la guerra sigue en aumento; los voluntarios son muchos; los donativos considerables y todas las clases acuden con solicitudes y ofrecimientos al gobierno mostrando el patriotismo de que se hallan animadas.

Los teatros han querido representar tambien algunas producciones de circunstancias. Sus autores las han llamado generalmente *apropósitos* y se titulan los *Moros del Riff*, *En Ceuta y en Marruecos*, *Españoles á Marruecos*, *Los Cazadores en Africa*, *Santiago y á ellos*, etc., etc. En todas ellas aparecen constantemente dos hechos culminantes: una mora enamorada de un soldado español, y los soldados españoles ensartando moros que es una bendicion de Dios. El público hace repetir las escenas del ensartamiento y aplaude este género de *literatura*. La historia, las costumbres y hasta la geografía se ha dejado á un lado en compañía de la verosimilitud, de la cual desde el principio se creyó sin duda necesario prescindir. Hay árabes que gritan ¡hurra! como si fueran cosacos, madres y novias de soldados que se meten por los aduares y tiendas de los moros como por viña vendimiada, andaluces ó mas bien gitanos que hablan familiarmente con los bajos, mucho fusil, mucho tiro, mucho ¡armas al hombro!

Lo menos malo en este género es la pieza *Españoles á Marruecos*, representada en *Novedades*. Hay en ella deco-

raciones de muy buen efecto. En el mismo teatro se ha representado el *Pelayo* de Quintana á beneficio del señor Ruiz, que parte á Africa.

En el teatro de *Oriente* se han puesto en escena los *Hugonotes* del célebre Meyerbeer. La Grissi, que se presentó deseosa de obtener su rehabilitacion, no tenia que luchar en este nuevo juicio á que se sometia con los recuerdos de otras cantantes como en la *Norma*. Cantó con suma afinacion y fue aplaudida en varios pasages. Mario lo fue tambien, sobre todo en la escena del desafio, en que desplegó grandes facultades. La Trevelli va conquistando cada vez mas la simpatía del público. La Calderon solo en el ária de salida y Butti en el final del tercer acto supieron arrancar aplausos. En cuanto á los tres caballos que la empresa saca á la escena en un momento solemne, nada dejaron que desear.

Para celebrar el aniversario del nacimiento de Lope de Vega, dispuso Romea en el teatro que lleva este nombre la representacion del *Premio del bien hablar*, comedia del Fenix de los ingenios españoles, precedida de una preciosa fantasía del señor don Ventura de la Vega y seguida de una especie de loa del mismo autor. Lástima que don Ventura de la Vega no nos dé mas á menudo muestras de su talento, que en verdad le tiene grande para la pintura de costumbres.

En este teatro se representó tambien una comedia en un acto traducida del francés con el título de *Mi brazo y mi paraguas*, y en el *Príncipe* otra con el de *Una escena conyugal*: no hemos podido averiguar todavia cuál de las dos es peor.

El señor Puente y Brañas ha hecho poner en escena en el *Príncipe* una piececita original que se titula *Santo y peana*. Tiene diálogo fácil, chistoso y adecuado y muestra que su autor posee muy felices disposiciones para el género cómico. La ejecucion fue buena.

La *Zarzueta*, despues de las representaciones de *Entre mi mujer y el negro*, ha puesto en escena *Azzon Visconti*. Sanz desempeña el papel de Azzon y da grandes esperanzas para lo futuro: Obregon en el Fanfulla no nos pareció tan bien como otras veces. La Zamacois reemplaza á la Murillo en el de Angélica.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ADVERTENCIA.

Desde hoy se reparten á los señores suscritores de EL MUSEO UNIVERSAL que lo han sido en todo el año actual, os billetes para optar al regalo del cuadro, copia del inmortal Murillo, que representa la *Purísima Concepcion* y que ofrecemos en el prospecto. Por si ocurriese algun extravío, la empresa se queda con nota de todos los números que se remiten á cada suscriptor.

El cuadro será entregado al suscriptor que presente el billete marcado con el número igual al que obtenga el premio mayor de la loteria que ha de celebrarse el 24 de diciembre próximo.

Los suscritores de Madrid podrán admirar sus bellezas en la librería de los editores, calle del Príncipe, núm. 4, donde se halla espuesto desde hoy. Los de las provincias podrán formar de aquellas una idea muy aproximada examinando el grabado que va en este número.

Tendrán opcion á los números correspondientes para el regalo del cuadro, todo el que se suscriba antes del 20 del presente mes de diciembre. En este caso recibirá en el acto todos los números de EL MUSEO publicados este año y el billete con sus números correspondientes para la rifa.

Los que se suscriban en provincias tienen tiempo hasta el citado día 20.

Los prospectos para 1860 están en prensa y se repartirán en breve. Entre tanto, nos anticipamos á anunciar una mejora que vamos á introducir en la publicacion. Desde enero de 1860 EL MUSEO UNIVERSAL SERÁ SEMANAL.

Desde el día 15 se hallará de venta el ALMANAQUE ILUSTRADO DEL MUSEO UNIVERSAL PARA 1860.

Los suscritores á este periódico por todo el mismo año lo obtendrán gratis.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1859.